

términos amplios así ocurrió en general, del mismo modo la misma técnica, en otro momento, nos aproxima a la existencia a través de los modernos inventos. En general, ha «prestigiado» la existencia de todo, particularmente de las «cosas», siendo índice de la apertura de un nuevo modo de ver lo existente.

El «choque» entre un contorno conocido, y al mismo tiempo desusado, y nosotros que el cine provoca, se realiza por la percepción directa del medio físico, si se quiere por la visión del «locus actionis», del lugar de la acción, en la plenitud de todos sus adminículos. En otras palabras, que el cine carece de reticencia de las «imágenes».

El descubrimiento de esta característica del cine ha sido tardío pero, evidentemente, muy fecundo.

Una gran cantidad de «películas» comienzan hoy de un modo narrativo y al parecer reticente. «Hace años, en la ciudad...»; en la pantalla, al conjuro de la voz del narrador, se actualiza el recuerdo en una imagen de ciudad. De este modo la reticencia del recuerdo queda rota. Todo recuerdo cuyo contenido sea algo espacio-temporal narrado o explicado es reticente, en cuanto no dice todo pues se calla y deja entrever, por mucho que sea el poder sugerente de la palabra, ese espacio y tiempo imposibles de actualizar. Precisamente lo que hace el «cine» es actualizarlos, cludir toda reticencia espacio-temporal.

No sólo es así como recurso, sino que ocurre con todo lo cinematográfico. El teatro, por ejemplo, es reticente en extremo y este su callarse exige a su vez del espectador que llene el vacío de esa reticencia con la imaginación.

«Es un beso de cine»; es muy frecuente oír esta opinión. Pues, ¿qué tiene un beso para ser de cine y no de teatro? En principio, el beso de cine es efectivo en cuanto a su realización. Se ha dado. En el teatro, sin embargo, que el beso se dé o no, es lo de menos. En este espectáculo, esencialmente reticente,

